



REVISTA SEMANAL.

Se publican 48 números al año.
Su precio, 2 rs. al mes en toda España, franco de porte, siendo precisa condición hacer la suscripción por anualidades.

AÑO 3.º—NÚMERO 48.

DIRECTORA,
ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

14 de Mayo de 1877.

PUNTOS DE SUSCRICION.

En su redaccion y administracion, calle del Darro del Campillo, núm. 45.

SUMARIO.

La campana del Rosario, por Fernan Caballero.—**Á la Santísima Virgen**, poesia por don J. Tejon y Rodriguez.—**Calvario y redencion**, novela, por doña Enriqueta Lozano de Vilchez.—**Lo que hace Pío IX está bien hecho**, poesia, por don Felipe Gonzalez Calzada.—**La Virgen de las ruinas**, por doña Enriqueta Lozano de Vilchez.

LA CAMPANA DEL ROSARIO.

Piensan los descreídos que las campanas son un sonido vano, y creen que solo sirven de trompas al clero para interponerse en el curso activo y distraído del hombre. ¿Qué misión, dicen, tienen esas extrepitosas importunas? Si es anunciar una agonía ó una muerte, ¡que horror!—¿Á qué ese intempestivo *hermano*, es preciso morir (1)? ¿Á qué ese *Mane, Tece!, Phares* en el

alegre festin de la vida?—¿Anuncian un bautismo?... ¿Qué nos va ni nos viene, exclaman, de que nazca al mundo un semejante, ni que entre en la grey cristiana?—Si anuncian las fiestas ó divinos oficios, ¿á qué—piensan—si no queremos concurrir á ellos?

Sí, sí, así discurren aquellos que, empezando por las campanas hasta llegar á los cimientos, quieren destruir nuestro *santo templo*, pues ¿cuándo reinó mas audaz la agresion, mas acerba la hospitalidad, mas despótica la intolerancia que lleva por pompa vana en sus banderas *filantropía, tolerancia, libertad y derechos del hombre*?—¿Cuando con mas razon podrian exclamar los religiosos católicos con alusion á sus contrarios: *Amargos, amargos hasta que tornaron en hiel la mas pura gota de la sangre de mi corazon* (1)?

Estas campanas, que tanto molestan al ciuda-

sa que una lijera y cariñosa inclinacion de cabeza, sin proferir la menor palabra. Yo mismo, penetrado de esas fantásticas ideas que nos han hecho concebir respecto de la Trapa, me extrañé y le pregunté á mi inolvidable y querido P. Ángel tocante al célebre saludo que no oia, y con una dulce sonrisa me desvaneció este error.

(1) Goethe, Torcuato Tasso.

(1) Saludo de los Trapenses.—Nuestro inimitable autor Fernan Caballero ha seguido aqui la equivocada tradicion del *saludo de los Trapenses*. En ningun monasterio de la Trapa se dirigen los monjes unos á otros semejantes saludos. Al encontrarse en los claustros, en los corredores, en el campo, en todas partes, no hacen otra co-

dano *ilustrado* son para el pobre, que tan bien las comprende, su lazo espiritual con el mundo; son su consuelo, su guía, su avisador, su calendario y su reloj; son la voz que le habla, y que siempre le dice algo, porque ellas son el conducto por el que comunica la Iglesia con sus hijos; sobre todo con aquellos que, faltos de tiempo, de recursos y de otras comunicaciones, están ignorantes del curso del tiempo, y desviados del de los eventos.

Ellas les dicen que hay quien vela sobre ellos, y que no están solos ni desvalidos. Les dicen que acudan allí á orar con sus hermanos, según instituyó nuestro *Salvador* la oración, en comunidad. Les dicen que santifiquen allí el vínculo que da honor y posición á la compañera que aman; tranquilidad á su corazón y á su conciencia; estabilidad y respeto á sus amores; puesto y personalidad á sus hijos, formando así *el lazo de la familia*, tan santo como dulce, tan necesario á la vejez, tan útil á la juventud. Les dicen que allá vayan para hacer entrar á sus hijos en el gremio de la Iglesia y en la comunidad humana, dándoles legítimamente el nombre á que su sangre les da derecho, y que no pueden negarles sin hacerse reos de infanticidio moral, y les dicen que allí acudan si á la hora de la muerte desean consuelo para sus almas y sepultura para sus cuerpos.

Ellas les advierten al alba que es ya la hora del trabajo y de la oración, esas dos vías por las que sin tropiezo se llega de esta vida pasajera á la bienaventuranza eterna. Los anuncian las festividades con anticipación, y cada festividad es una enseñanza; anuncian á medio día las vísperas del siguiente, y con ellas las hora de descansar el trabajador; al caer el día tocan la oración, en que, al saludar á la *Madre de Dios*, da de mano á su tarea. Les amonestan para que, antes de entregarse al sueño y al descanso oren, á fin de que lo obtenga eterno el hermano, conocido ó desconocido, que sucumbió. Les convidan á celebrar el bautismo de un recién nacido, así como á alegrarse del tránsito de un alma que al cielo sube sin haber perdido su pureza. Marcan el curso del tiempo publicando (así como de la vida del hombre lo hacen) la hora que concluyó y la que comienza, entonces el olvidado mundo exclama: «¡Pasó esta hora! Aprovechemos la que la sigue: *el tiempo es un capital*.»—Y el pueblo fiel, según el número de los toques, reza ocho, diez,

Once mil veces te alabo,

Y otras tantas te bendigo,

Y otras tantas me arrepiento,

Señor, de haberte ofendido.

Anuncian con poderosa y azorada voz la alarma para convocar á todos al socorro. Tocan cinco graves campanadas, y el filósofo ilustrado dice: «¡Una agonía!... ¡Qué tristeza, qué angustia! ¡Qué importunidad! ¡Esto se debiera prohibir!—Pero el bueno y cristiano pueblo dice: «Tocan á *buenas noches*. ¡Dios se la dé!» y reza el *Credo*.

Avisan que va á salir Dios, y el ilustrado descreído da un rodeo para evitar su encuentro, que le obligaría á descubrir su cabeza; y el pobre y cristiano pueblo se arrodilla, y sin conocer la voz *filantropía*, reza por su hermano, concluyendo con esta hermosa jaculatoria;

«En gracia te reciba,

El alma que te desea!

¿Por qué, pues, y con qué derecho privaría, el que se denomina *filántropo é ilustrado*, al pueblo de sus santas misioneras que algo mejor que sus doctrinas inculcan en él la ilustración y la filantropía verdaderas? ¿Con qué derecho, por qué razones mandaría callar y prohibiría esas saetas, esos avisos, esas llamadas, esos consuelos que esparcen desde su elevada altura, y que de tan pura atmósfera descienden á la nuestra?

¡No! ¡No enmudezcas, dulce y poderosa voz que nos unes, nos enseñas, despiertas nuestra memoria; que nos consuelas en nuestras penas, nos acompañas en nuestras soledades y nos amparas en nuestros desamparos! Con que la civilización, que no puede hacer callar el mortífero estallido del cañón, ¿haría enmudecer tu santa y consoladora voz?—¡No, no! Si hay una fuerza vigorosa y razones de conveniencia social que conservan aquellos, hay un suave pero inderrogable poder moral que hace respetar esa voz de paz y misericordia, con la que la Iglesia, esto es, la religión de Cristo, llama á sus hijos. Y así, á imitación del cristiano filósofo Saint-Martin, que aclamaba á Dios: «¡Padre! ¡Padre! Tantos veces te diré Padre, hasta que me respondas ¡Hijo!» Digamos nosotros á nuestra santa Madre la Iglesia: «¡Madre! ¡Madre! Hámanos por la voz de tus campanas, y dínos tantas veces: ¡hijos! ¡hijos! hasta que te respondamos todos: ¡Madre!»

¿No teneis en vuestro pueblo una campana que á la caída de la tarde os recuerda y llama á la oración? no la habeis oído desde pequeños en las faldas de vuestras madres? Y cuando os habeis alejado del querido hogar de la casa paterna, ¿no habeis oído el eco suyo resonar en vuestro corazón? ¿No está el recuerdo de aquella voz entretregido con el de vuestros padres, el de vuestra infancia y de vuestro país natal? Hablo con los que tienen padres á quienes aman y honran,

patria á quien quieren con entusiasmo y corazón que guarde recuerdos, como del sol los conserva el cielo en sus estrellas.

Recordad aquella voz inmutable, como la de la conciencia, que se esparce y suena lo mismo por el tranquilo ambiente de una tarde de verano, que por entre los mugidos del temporal de una tarde de invierno: ¿acaso no os dice nada? Acaso esa voz que entre el bullicio alegre que bulle á sus piés es grave, y entre el estrépito amenazador es serena y ajena siempre á toda influencia inferior, no arrastra vuestra alma á su intangible atmósfera?

Cuando se ausenta el día, y en pos de sí deja el crepúsculo, en esa hora en que ya no deslumbra el sol la vista, y aun no la entorpece la oscuridad, suena en mi pueblo una campana. Pertenece á una capilla, y su toque sonoro y claro llama cada día, hace siglos, á concurrir al rosario, ese himno popular á la Virgen, simbolizado en una corona de rosas de las que canta el devoto y poético pueblo:

¿Dónde está nuestro padre Domingo?

Sus hijos llorosos le van á buscar;

Y le hallaron en el paraíso

Cogiendo las rosas del santo rosal.

Han pasado por el pueblo tiempos calamitosos y tiempos felices y la campana sin alterarse ni modificar su sonido, ha seguido llamando inalterablemente cada noche á la oración.

Han entrado en el pueblo enemigos y conquistadores; han imperado contrarios del culto, ha visto á muchas de sus compañeras enmudecer, y á otras, bajadas de sus altos puestos y convertidas en monedas de poco valor, pero nada la ha arredrado, ni la ha hecho desmayar, y cada noche ha vuelto con santa constancia á levantar su voz y reunir á los fieles.

El oír su llamada querida es ya un hábito de mi corazón cuyas angustias tantas veces ha calmado, á punto de equilibrar en mi recuerdo las dulzuras del consuelo con las amarguras de la angustia; y si llegase á faltar su elocuente voz, dejaría para mí como para otros muchos moradores del pueblo, un vacío en el alma, como lo dejaría la muerte de una persona querida.

No siempre han expresado para mí aquellos sonidos lo mismo, sino en cada situación de mi vida han dicho una cosa diferente, aunque todas análogas.

¿Cuántas veces pensativa, al ver desaparecer la luz del día, y aguardando la que encienden los hombres, formando un día ficticio, sin rocío, sin arreboles y sin cantos de pájaros, frío y eventual como todo lo que es artificial, he oído á la campana, con melancolía y consuelo á la vez,

recapacitando y resintiendo las pasadas emociones que me ha causado?

Cuando la oía de niña, es decir, en aquella edad en la que estarse quieta es una sujeción, y el moverse una necesidad; en aquella época decía la campana con la misma voz grave que usaba mi maestra: *¡Venid á rezar, venid á rezar!* —Ya van, pensaba entonces, las buenas viejecitas á rezar el Rosario.—Esto pensaba, porque siempre, que me había llevado allí mi ama, había visto á una anciana pobre, tan aseada, tan devota, tan serena, que se había captado mis infantiles simpatías por ese temprano instinto que lleva á los niños á presentir, mas bien que á discernir, lo bueno y lo malo.

Algunos años después, cuando adornaba mi cabeza y entretejea mis pensamientos con flores, y cuando deshojaba una margarita profetisa, diciendo en queda voz, al arrancar la hoja, *¿Vendrá?... ¿Vendrá tarde?... ¿No vendrá?...* oía la campana que entonces decía: *¡Ven acá, ven acá!* Y ya concebía yo que aquella llamada que me hacía latir el corazón, prometía mas estable dicha que otra alguna. Tan cierto es que la felicidad es triste, porque le es adherente el presentimiento de su inestabilidad.

«Sí, la felicidad es cosa grave: quiere corazones de bronce en que lentamente grabarse. La alegría le retrae al arrojarles flores, y su sonrisa está mas cercana del llanto que de la risa. Entonces no sabía definir, ni menos formular con voces lo que sentía, y mi corazón, cual el eco, repetía las de los poetas que á él llegaban.»

Poco después fui feliz.... ¡como á pocos es dado el serlo! Rodeada de todos los objetos de los mas santos amores, oía con delicia la campana que entonces me decía: *¡Da gracias á Dios, da gracias á Dios!....* Y yo se las daba, porque siempre respondía mi corazón á su llamada.

Pero en breve se realizaron los presentimientos que, cual invisibles é impalpables alas, consigo trae la felicidad.

Llegó un día, negro como la noche, angustioso como la duda, triste como una despedida, en el que, en lugar de objetos de mi cariño, me vi rodeada de sepulturas; ¡estaba sola y desesperada!

Entonces.... cuando el sol se llevaba tras sí la alegría del cielo, como la muerte se había llevado tras sí la alegría de mi corazón.... sonaba dulce y consoladora la campana, y me decía: *¡No estás sola, no; no estás sola!* Y al oirla, el grito se hacía lamento, y el sollozo suspiro. Recordaba á la buena y paciente anciana, que seguía concurriendo al Rosario en la capilla, y repetía con alusión á ella esta estrofa de una com-

posicion de Mr. Balmore, titulada *La Mendiga*:

«¡Tú, á quien compadecen, y que yo envidio, pobre transeunte de nuestras aldeas!... Tú que no esperas de los mortales ni tu felicidad ni tu desgracia y cuya última esperanza se halla al pié del altar! ¡Dame tus canosos cabellos, tu lento y penoso andar y tu memoria absorta, que está inerte como tus pasos!»

Cuando sobre mí cayeron las desgracias, se encarnizó la suerte, y se cebó la cruel ingratitud; cuando la realidad no tenía alivio, ni la esperanza promesas; cuando en la lucha sucumbía mi ánimo, tu pura y consoladora voz me decía: *¡Aquí hay amparo, aquí hay consuelo!*—y yo te creía.

Persuadióme la amistad á ausentarme de mi patria para aliviar mis males y distraer mi mente; pero mi dolor lo llevé conmigo: y cuando lloraba por mi país, mi sol, mis amigos y mis altares, oía la suave y lejana voz de la campana de mi pueblo, que me decía: *¡Vuelve acá, vuelve acá!* y yo le contestaba: *¡Voy!*

Cuando embarcada y entregada la frágil embarcacion al furor de las olas y del viento, se echaba ya de un lado, ya de otro, como un enfermo en un paroxismo de ardiente fiebre, temiendo yo que se rindiese por faltarle las fuerzas para seguir luchando; cuando el viento gemía entre las jarcias sus lúgubres quejas; cuando las olas asaltaban la nave y se retiraban para volver con mas fuerza, al través de su estrépito fúnebre y aterrador, cerraba mis ojos y mis oídos, buscando mi mente un áncoa de salvacion y de esperanza: entonces oía la campana que me decía: *¡Vuelve acá, vuelve acá! ¡Aquí hay calma, aquí hay seguridad!*.... ¡Sí, dulce y serena campana, tú me prometías doble puerto seguro!.... y yo recordaba á la anciana pordiosera, que sin alejarse nunca de tí, tan sosegada hacia la peregrinacion mortal.

Volví á mi pueblo, y me apresuré á acudir á la llamada que de tan lejos habia oído.

Allí estaba la anciana agobiada por los años, pero siempre puntual y fiel. Yo sollozaba, y ví que tambien ella estaba llorando. Las lágrimas atraen entre sí á los que las vierten; me acerqué á ella, y como el amor es la causa mas general y plausible del llanto, le pregunté si habia persona querida.—Sí, he perdido á mi *santo bienhechor*, me contestó, y vengo á rogar á Dios por él.—Hago lo que haceis vos, repuse; lloro, ruego por mi padre, que era tambien mi bienhechor; ¿quien era el vuestro?

La anciana alzó sus apagados ojos al altar y... *¡nombró á mi padre!*

¡Aquella campana nos habia llamado á ambas á cumplir tan santo deber!

Gracias, gracias, mi benéfica amiga; gracias por los consuelos con que tu pura y santa voz ha llenado mi vida! Sigue, sigue exparciendo esos sonidos, á los que Dios dotó de tanto poder y de tanta atraccion, que á nadie son extraños, y á pocos dejan de ser simpáticos, como lo es el consuelo, como lo es la hermandad, como lo es la llamada al bien. No temas de ser oída, que yo te he oído á muchos cientos de leguas con el oído del corazon. Tu recuerdo ha sido para mí como una sonrisa, ya placentera, ya melancólica, y que siempre me recordaba á Dios. *¡Recordad á Dios, recordad á Dios!* esto mismo dijiste á las pasadas generaciones, esto mismo dirás á las venideras, porque tu voz es imperecedera y tus consuelos son eternos. Oh! que no llegue nunca á destronarte una mano profana y sacrilega, pues tu santa mision es la de llamar y reunir á tu grey, no para conspirar, divertirse, negociar ni desvanecerse, sino para *orar*: santo deber que puede hallar indiferentes, pero que no se concibe que halle contrarios.

¡Campana piadosa, reclamo de la Iglesia de Cristo, voz de la confederacion cristiana, único poder que no de palabra sino de *hecho*, nos haces, no iguales, sino mas que iguales, esto es, hermanos!... No dejes, no, de convocar las ovejas al redil; no te retraiga la fria atmósfera que en el día aquí te circunde, puesto que existen innumerables corazones ardientes y fervorosos, cuyo calor abrigue tus puras voces; cuya adhesion y profundo amor al culto de que forma parte al proclamarlo, les sirve de distintivo, de dicha, de virtud, de lauro, de galardón y de magnífica é incontestable denominación, que es la de... *¡fieles!*

¡Madre! ¡Madre! Amonéstanos por la voz de tus campanas á perseverar en serlo, y dínos tantas veces: ¡Hijos! ¡Hijos! hasta que te respondamos todos: ¡Madre!!!

Fernan Caballero.

Á LA SANTÍSIMA VÍRGEN.

Perfecta *Madre del Amor hermoso*
Que llena con su luz la inmensidad,
Y trajo á los mortales el reposo
Y dióles libertad:

Amor sublime, de inefable encanto,
Que acrisola y ensancha el corazon;
Amor que lleno de perfume santo
Envuelve á la creacion.

Inestinguible fuego que ilumina
El alma, cuya esencia es inmortal,
Átomo, chispa, emanacion divina
De un eterno raudal.

Trono de Salomon; fuente sellada;
Árbol que dá en su fruto la salud;
Candelero de luz nunca apagada;
Tesoro de virtud;

Puro vellon que saturó el rocío,
Á la tierra dejando en su aridez;
Ara cuyo riquísimo atavío
Revela su alta prez;

Vara de Aaron que floreció galana
Y trueca el Tabernáculo en pensil;
Lucero precursor de la mañana
Y torre de marfil:

Así tus hijos con fervor María,
Humillados te invocan á tus piés,
Y te vé su exaltada fantasía
De sombras al través.

Tu proteccion, tu auxilio poderoso
Pedímoste en las gradas de tu altar;
Sálvanos de este mar tempestuoso
Que estrella eres del mar.

El sol te viste cual radiante velo
Y la luna te sirve de escabel;
Astros mil te coronan en el cielo
Y te ofrecen dosel.

Y el ángel por su Reina te proclama;
Y a tu vista se postra el querubin;
Y el hombre pecador, Madre te llama
De uno en otro confin.

Mientras el mundo exista, ley suprema
¡Oh Virgen! ha de ser tu voluntad;
Que ornó tu sien con eternal diadema
La excelsa Trinidad.

¡Salve, vida, dulzura y esperanza;
Vuelve tus ojos al que espera en tí:
Si mi oracion hasta tu solio alcanza
Condúceme hasta allí!

J. Tejon y Rodriguez.

CALVARIO Y REDENCION.

CARTAS DE DOS HERMANOS.

María á Fabian.

He leído tu carta, hermano mio, y su contenido me ha hecho estremecer.

Tus palabras han sido como la luz del relámpago, que ilumina un instante el espacio, haciendo ver al aterrado viajero el precipicio, junto al cual caminaba tranquilo y confiado.

Ayer yo misma no sabía lo que pasaba en mi alma. La compasion que inspira la desgracia, la admiracion que causa la grandeza del alma de un ser á quien solo nosotras comprendemos, eran los nombres que yo daba á esa atraccion desconocida, á esa especie de lazo misterioso que me ligaba, á mi pesar, al conde.

Hoy, todo lo sé: las palabras que tú has pronunciado, han descubierto á mis ojos la verdad, y ya no puedo engañarme.

Sí, yo amo á Horacio! tienes razon, Fabian: yo le amo! pero, ay! guarda en el fondo de tu alma esta confesion terrible; guárdala donde nadie legue á vislumbrar este secreto; si es posible, olvídalo tú mismo, porque aun de tí mismo quisiera ocultarlo.

Y sin embargo, yo no tengo por qué avergonzarme de esta pasion, que podrá desgarrar mi corazon en mil pedazos, pero que jamás logrará envilecerle!

Tú me conoces: tú sabes que moriría, mil veces antes que cometer una accion indigna, y comprenderás que este amor tendrá su tumba en mi pecho.

Pero no exijas, no quieras que yo salga de esta casa: no me ruegues que me separe del pobre ciego, cuando todo lo que le rodea le hace mas y mas desgraciado: no me ordenes que en medio de la tormenta abandone al bajel perdido! eso seria cobarde y mezquino; eso seria indigno de mí.

No, Fabian: yo permaneceré aquí hasta que una aurora mas serena luzca en el cielo de su existencia: hasta que Amelia sea la esposa amante y fiel que Horacio merece: hasta que Elvira sea el ángel puro que vele por él y pueda guiar sus pasos.

Entre tanto, aquí estaré siempre, y si no puedo torcer el curso de su destino, al menos sufriré á su lado, sin que nadie, nadie en el mundo sospeche que derramo una lágrima.

Oh! y si tú supieras qué influencia ejercen mis palabras en su ánimo! si pudieras verle cómo se tranquiliza y se anima su semblante al escuchar

mi acento, al sentir que estoy á junto á él!

Ayer me rogó Amelia que la reemplazase á su lado, pues ella debía salir: doña Juana también insistió en ello y me vi precisada á ceder.

Al principio le leí algunas páginas del Rafael, de Lamartine; de ese libro poema del amor casto y purísimo, que parece escrito con lágrimas.

Horacio me escuchaba con gran atención, absorbiendo, por decirlo así, el sonido de mi voz.

Luego, su semblante se cubrió de una tristeza profunda, y murmuró lentamente:

—Oh! los poetas se apartan de la realidad, y jamás acaban sus obras tal como el alma las concibe! Rafael, después de perder á Elvira, no debió vivir: debió morir al par que ella.

—El que vive para sufrir no puede decirse que vive; le dije yo soltando el libro.

Tiene V. razón, me contestó, y á veces no sé cómo no buscamos en la muerte el término de nuestros dolores.

—Porque la existencia no nos pertenece, me apresuré á replicarle, y porque siempre, en el fondo del mas negro pesar, brilla un rayo de esperanza.

—Oh! es verdad! ayer hubiera yo negado la exactitud de esas palabras: hoy las comprendo perfectamente.

No pude entender el sentido de aquellas frases; sin embargo, mi corazón latió con mas violencia y temblé sin saber por qué.

El, viendo que yo no hablaba, cayó también, y así permanecimos algunos instantes.

—Me han dicho, murmuré intentando romper aquel silencio penoso; me han dicho que V. era también un gran poeta.

—Escribía algunos versos que mis amigos se empeñaban en llamar buenos, y que solo eran producto del corazón y no del genio, pero nada mas.

—Y se ha olvidado V. completamente de la poesía? le pregunté.

—No! á veces quisiera exhalar la amargura de mi alma en esos cantos, que son la expresión de nuestros sentimientos; pero ¡ay de mí! mi mano es impotente para trasladarlos al papel, me respondió con amargura.

—Si eso puede distraerle, si puede causarle algún placer, yo tendría mucho gusto en servirle de amanuense.

—De veras! oh! María, ya sé que V. es capaz de todo eso!

De pronto apoyó la frente en una de sus manos, y pareció recoger su pensamiento.

Yo le contemplaba atentamente.

—Escriba V., María, dijo muy bajo; escriba V. si consiente en ello.

Tomé la pluma y esperé.

Entonces, de los labios de Horacio se escaparon estas palabras, como se escapa un triste gemido del fondo del corazón:

Blanco lucero, tímida estrella,
rayo de luna tibio y azul,
deja que brille sobre mi frente
tu casta y pura nítida luz.

Que yo te siento, yo te adivino
entre la noche de mi dolor,
¡ay! como el alma aun desterrada
tras de los cielos presiente a Dios.

La voz de Elvira le detuvo.

La niña penetró en la estancia: venia llorosa y contrariada.

—Qué tienes, hija mía? la dije recibéndola en mis brazos.

—Que mamá acaba de reñirme y me ha mandado que salga del jardín.

—Y por qué? qué has hecho para ello? la pregunté.

—Oh! nada! Juan preguntaba por la llave de la puerta falsa del jardín, y yo le dije que se la habia visto tomar á mamá.

—Tú sin duda te habrás equivocado, y por eso....

—Lo mismo decia ella; pero yo estoy cierta de que la ví.

Miré á Horacio, y le ví pálido: yo á mi vez temblé también.

Oh! qué significaba aquello? para qué queria Amelia la llave?

Extremecida y turbada, no sabia qué decir; por fortuna Pedro entró, y con no sé qué motivo sacó á Horacio de la estancia.

Me quedé sola con Elvira, que aun continuaba enojada, é insistí en que una equivocación la habia hecho suponer que su madre tenia la llave.

—No, me contestó, no tengo duda: ayer entró mamá en el cuarto del jardinero, cuando él no estaba allí, y la ví salir con ella en la mano.

Entonces sospeché, á mi pesar, una cosa horrible, y por uno de esos fenómenos que no nos sabemos explicar, entreví en la llegada de Pedro algo que me hizo estremecer.

Sabrás este hombre algo que pueda revelar al conde?

Se atreverá á clavar este puñal en su alma?

Oh! ya ves, Fabian, que no debo alejarme, y que aun todavía hago falta aquí.

Adios, dejo la pluma: mi ansiedad es terrible. Compadéceme, y ama siempre mucho á tu pobre,—MARÍA.

(Continuad.)

Enriqueta Lozano de Vilchez.

LO QUE HACE PIO IX ESTÁ BIEN HECHO.

Augusto anciano de la antigua Roma
De Pedro excelso sucesor amado,
Flor escogida y de suave aroma,
Nombre por todo el mundo venerado;
Oye la débil voz que al labio asoma
De quien quiere hasta tí volar llevado
En alas de la fé y la fantasía
A que le des la paz y la alegría.

Deja que llegue entre la brisa suave
Mi acento débil á besar tus plantas.
Deja que tu alto nombre el mundo alabe
Al mirar tu virtud y acciones santas,
Deja que tienda cual al viento el ave
Mi vuelo yo hasta tí, ya que me encantas,
Y deja que mi alma esté á tu lado
Pues si de ti me voy, soy desgraciado.

Mas ¿cómo donde estás llegar pudiera
Si no supiera que tu pecho amante
Es la fuente de amor, virtud sincera
Que nos acoge á todos anhelante?
Si enemigos te cercan por doquiera
Es porque ven tu fé siempre constante,
Sin comprender que con su necio encono
Hacen resplandecer aún más tu trono.

¡Pobres locos! no saben que su mente
Abrigando fantásticas visiones
Sin tener ante sí la fé presente
Vagan siempre en errantes direcciones,
Y que tu corazon franco y clemente
Al perdonar sus viles intenciones,
Les dice con acento de consuelo:
«Soy vuestro padre, acompañadme al cielo.»

Mas ellos, sordos á tu voz querida,
Dirigen con furor al Vaticano
Su emponzoñado dardo, y la afligida
Y venerable faz de un noble anciano
No contemplan, y el arma parricida
Lanzan contra él con insensata mano,
Y en su furor no ven que aquel que hieren
Es á quien las católicos más quieren.

Sí, Pio nono ¡míranos postrados
A tus plantas rompiendo tus cadenas;
Míranos proclamar entusiasmados
Cuanto en nombre de Dios tú nos ordenas;
Dígnate bendecir á los que amados
Somos por tí, y mil voces de fé llenas
Probarán al cobarde y fementido
Que el que hacía tí no va se halla perdido.

No temas nunca que tu fieles hijos
Abandonen al padre que les guia,
Que al tener en tu faz sus ojos fijos
Es porque les inundas de alegría,
Es porque con afanes mil prolijos
Les haces ver la luz de un nuevo día,
Y exclamar desde el fondo de su pecho:
«Lo que hace Pio nono, está bien hecho.»
Salamanca, 1877.

Felipe Gonzalez Calzada.

LA VIRGEN DE LAS RUINAS.

(Continuación).

—Cuando la noche cubrió con sus sombras e
mundo, fingí un pesado y profundo sueño, y al
verme de aquel modo, no se cuidaron para nada
de mí. Atenta á la primera ocasion, pude hallar-
la cuando aquellos hombres vencidos por el can-
sancio y por los licores, cayeron en un sopor tan
intenso que se parecia en mucho á la muerte.
Entonces pedí á Dios que me protegiese, y creí
que era llegado el instante de partir.

—¿Y lograsteis....?

—Escuchad: nos hallábamos en medio de la
playa, pues en breve debíamos partir, y aque-
llos tigres no habian querido penetrar en nin-
guna morada, temerosos de que les arrebatasen
las riquezas que habian robado tan infamemen-
te. Todos dormian tendidos en la arena, pues no
tenian entonces de quien recelar, y solo dos ó
tres infelices mujeres indefensas é impotentes
éramos el objeto de su cuidado y su custodia.
Haciendo el menor ruido posible, conteniendo la
respiracion, y hasta sujetando con una mano
los latidos de mi corazon, pues me parecia que po-
dian ser oidos, me levanté á medias, y di algu-
nos pasos que me separaron un instante de mis
guardianes. Aquel momento era el decisivo. Yo
rogaba sin cesar al ángel de mi guarda que me
acompañase y que me cubriese con sus alas pa-
ra continuar sin ser vista, y él me escuchó, ve-
nia á mi lado, y tendia sin duda en blanca ves-
tidura ante mí para ahogar el rumor de mis pi-
sadas, pues nadie llevo á oirlas, y al cabo de al-
gunos segundos me hallaba á la suficiente dis-
tancia para emprender una carrera menos cau-
telosa y mas rápida. Entonces, sin pararme á to-
mar aliento, corrí á la ventura con la ligereza
de una cierva perseguida, y sin sentir el can-
sancio ni las heridas que lastimaban mis pies.

—Desgraciada! murmuró el jóven que seguia
anhelante y comovido aquella relacion tan estra-
ña y nueva.

—A la luz indecisa del alba distinguí estas ignoradas ruinas y me refugié en ellas inspirada acaso por mi buena suerte. A medida que avanzaba el día y que la claridad brillaba con más fuerza, mi temor de ser hallada era mayor, y en mi afán registraba con insistencia todos los parajes que me parecían mas ocultos para servirme de asilo.

Caminando á la ventura descubrí la entrada de un subterráneo medio cubierta con una piedra y sin vacilar penetré en él y me creí salvada por completo.

Sin sentir el frío ni el hambre y pensando solo en no ser descubierta, pasé mucho tiempo..... no sé cuánto pues en aquel sitio apenas penetraba aire ni luz.

—¡Dios mío! una mujer joven y delicada sufrir de ese modo! ¿quién os daba fuerzas?

—¡Quién! el que me habia aceptado por esposa suya y no queria que las miradas de aquellos descreídos se fijasen sobre mi frente.

—Y ¿cómo salisteis de allí? ¿dónde pudisteis encontrar el socorro que tan necesario os debia ser?

—Cuando no pude resistir por mas tiempo á los tormentos de la falta de alimento, dejé el subterráneo con el mayor temor y tendí en torno una mirada escrutadora y recelosa; á nadie ví: estaba sola, sola enteramente con Dios que no me habia abandonado, pues me libraba del poder de sus enemigos. Los que me habian cautivado, ó no se habian acordado de mí, ó cansados de inútiles pesquisas me abandonaban en aquella soledad.

—¡Barbaros!

—Gracias á esto mi situacion no me pareció ya desgraciada y pude pensar en el porvenir.

—Y ¿que ibais á hacer? preguntó Valerio que no podia dominar su curiosidad.

—Sin medio para volver al claustro, temiendo encontrar á cada paso un perseguidor ó un enemigo y no queriendo tampoco tornar á un mundo al que voluntariamente habia renunciado para siempre, decidí quedarme en estos sitios, que tan bien habian sabido ocultarme y darme un seguro asilo. Aquí podia vivir tranquila, aquí podia entregarme á la contemplacion y á la oracion. Y así lo hice, y en medio de esta soledad he vivido muchos dias, muchos años: yo no he sabido medir el tiempo aquí.

—Pero ¿sola siempre?

—Con las fieras que me han respetado, con las aves que me han ayudado con sus trinos á bendecir al rey de la creacion; con las flores que embalsamaban mi soledad, y con las auras y el sol, que ora refrescaban mis sienes, ora me prestaban su dulce calor.

—Señora, perdonad mi atrevimiento, perdonad mi importuna curiosidad que os ha obligado á levantar una punta del velo que os ocultaba: yo he sido un insensato que no merecia oir vuestra voz ni las palabras de vuestros labios. Loco y perdido en medio de un mundo que solo ofrece vanidades y estravios he vivido sumido en el error sin comprender el bien, ni recordar que nuestra existencia es flor de una aurora que se agosta al declinar el sol.

—¿Será verdad?

—Si por desgracia.

—Pero ¿no habeis tenido una madre que os hable del cielo, que os hable del mas allá?

—No, señora; la mia murió cuando yo era muy niño todavía.

—¿Y una hermana?

—¡Tampoco!

—Estais solo en el mundo.

—¡Solo siempre!

—¡Desgraciado!

—Huérfano desde la infancia, no he conocido mas afecto que el de mi tutor, mas interesado en gobernar mi fortuna que en dirigir mi corazon ó en iluminar con la luz de la fé mi pobre alma.

—¿Es posible!

—Él dá mas valor al oro que...

—¡Dios le ilumine!

—Yo tambien, perdonad, yo antes casi pensaba como él: no me habia fijado en él mañana y solo pensaba en hoy.

—¡Ah!

—Pero ya es diferente, os he escuchado; vuestro acento ha despeñado en mi corazon los santos recuerdos de mi infancia: vuestra voz ha sonado en mi pecho con la misma dulce modulacion que la voz de mi perdida madre: el aroma de de vuestra santidad ha perfumado mi alma y ahora creo, ahora espero tambien: al veros he comprendido que hay ángeles, y al pensar en los ángeles, se piensa á la par en Dios!

—¡Yo solo soy una infeliz mujer, y nada mas!

—¡Sois una santa!

—No.

—Escuchad; como os he dicho antes no tengo á nadie en el mundo.

—Sí.

—Y hoy que he empezado á sentir dentro de mí el germen de una vida nueva, hoy que he empezado á vislumbrar la luz de una aurora divina, necesito una mano que me guíe, un brazo que me sostenga.

(Continuará.)

Enriqueta Lozano de Vilchez.

Granada: Imprenta de D. Francisco Reyes.